

Título: La Biblioteca de los Segundos Perdidos

El Hallazgo

La lluvia golpeaba con insistencia los cristales de la Biblioteca Central de la ciudad, un edificio gótico que parecía una bestia de piedra dormida en medio del tráfico moderno. Lucas, el archivista más joven del turno nocturno, empujaba un carrito chirriante lleno de libros olvidados hacia el depósito del sótano. Nadie bajaba allí. El aire olía a polvo antiguo y a papel oxidado, un aroma que a Lucas, curiosamente, le resultaba reconfortante.

Su trabajo era simple: catalogar lo incatalogable. Libros sin portada, manuscritos en idiomas muertos y mapas de ciudades que ya no existían. Sin embargo, esa noche, el carrito se atascó frente a una sección de la pared que no aparecía en los planos del edificio. Al intentar liberar la rueda, su hombro golpeó una estantería de roble macizo. No hubo un estruendo, sino un suave *clic* mecánico. La estantería giró lentamente hacia adentro, revelando una escalera de caracol que descendía hacia una oscuridad absoluta.

Lucas encendió la linterna de su móvil. La lógica le dictaba subir y avisar a seguridad, pero la curiosidad, ese defecto fatal de los archivistas, lo empujó hacia abajo.

Al final de la escalera encontró una sala circular, iluminada por una extraña luz azulada que emanaba de frascos de cristal alineados en infinitas repisas. En el centro de la sala había un escritorio y, sobre él, un libro enorme encuadrado en una piel oscura que parecía palpitar levemente.

Se acercó. El libro no tenía título en el lomo, solo un símbolo grabado en oro: un reloj de arena roto. Lucas abrió la primera página. No había palabras, sino nombres. Miles de nombres escritos en una caligrafía frenética. Y al lado de cada nombre, una cantidad de tiempo.

“Elena R. – 4 años, 2 meses, 8 horas.” “Marcos T. – 12 minutos, 30 segundos.”

Al principio pensó que era un registro de vida, la duración de la existencia de esas personas. Pero al pasar las páginas, vio nombres de gente famosa que había vivido décadas, pero que en el libro solo tenían anotados “3 días”. ¿Qué significaban esos números?

Fue entonces cuando vio su propio nombre, escrito en la tinta fresca de la última página.

“Lucas V. – 18 años perdidos.”

La Tinta Viva

El corazón de Lucas se detuvo por un instante. ¿Dieciocho años? Apenas tenía veinticinco. Según aquel libro, la mayor parte de su vida había sido... ¿qué? ¿Falsa? ¿Borrada?

—No es lo que has vivido —dijo una voz rasposa desde la sombra.

Lucas soltó el libro de golpe y retrocedió. De la oscuridad surgió un hombre anciano, vestido con un traje que parecía haber estado de moda hace un siglo. Llevaba unos anteojos gruesos y sostenía una pluma que goteaba una sustancia negra y espesa.

—¿Quién es usted? —preguntó Lucas, con la voz temblorosa.

—Soy el Custodio —respondió el anciano, acercándose al libro con reverencia—. Y tú has encontrado el Registro de los Segundos Perdidos.

—No entiendo. Dice que he perdido dieciocho años. Tengo veinticinco.

—Exacto —dijo el Custodio, pasando un dedo huesudo sobre la página—. Este libro no registra el tiempo que has estado vivo, Lucas. Registra el tiempo que has estado *ausente*.

El anciano lo miró a los ojos, y su mirada era tan pesada como el edificio mismo.

—Registra cada vez que estuviste físicamente en un lugar, pero tu mente estaba en otro. Las horas que pasaste preocupándote por un futuro que no existía. Los días enteros que perdiste mirando pantallas sin ver nada, buscando validación de extraños. Las semanas consumidas por el rencor hacia alguien que ya te olvidó. Todo ese tiempo, Lucas, no lo viviste. Simplemente... transcurrió. Se perdió. Y vino a parar aquí.

Lucas miró los frascos azules en las estanterías.

—¿Y esos frascos?

—Esencia —dijo el Custodio—. El tiempo no desaparece, muchacho. Se condensa. La gente dice "matar el tiempo", pero el tiempo es inmortal. Lo que matas es tu presencia en él. Aquí guardamos lo que la humanidad desecha.

Lucas sintió un vértigo terrible. Recordó las cenas familiares donde estaba revisando correos del trabajo. Recordó el trayecto en tren de cada mañana, donde se ponía los auriculares para no escuchar el mundo. Recordó, con dolor, la última visita a su abuela, donde pasó la mitad del tiempo mirando el reloj, deseando irse.

—¿Puedo recuperarlo? —preguntó Lucas, casi en un susurro.

El Custodio sonrió con tristeza.

—Esa es la pregunta que todos hacen si logran encontrar esta sala.

El Intercambio

—Hay una forma —continuó el anciano—. Pero el precio es alto.

El Custodio tomó uno de los frascos azules. Dentro, el humo giraba formando imágenes difusas: un niño riendo, una puesta de sol, un beso.

—Puedes beber de tu propio tiempo perdido. Recuperarás la sensación de esos años. Sentirás la alegría que no sentiste porque estabas distraído, la paz que ignoraste por estar estresado. Tu vida se sentirá completa de nuevo. Esos 18 años volverán a tu memoria emocional.

Lucas extendió la mano, tentado. Quería dejar de sentir ese vacío crónico en el pecho.

—¿Cuál es el precio? —preguntó, deteniendo su mano a milímetros del cristal.

—Para llenar el vacío del pasado, debes vaciar el futuro —sentenció el Custodio—. Si bebes esto, vivirás plenamente lo que ya ocurrió, pero perderás la capacidad de crear nuevos recuerdos. Tu mente quedará atrapada en un bucle de nostalgia perfecta. Vivirás en el ayer para siempre, y el mañana será solo niebla. Serás un fantasma en tu propia vida futura.

Lucas retiró la mano como si el frasco quemara. Miró el libro abierto. “*Lucas V. – 18 años perdidos*”. La tinta parecía esperar, hambrienta de más.

—Si no lo tomo... ¿qué pasa con ese tiempo?

—Se queda aquí. Como una advertencia —dijo el anciano—. O... puedes intentar cambiar la tinta de las páginas siguientes.

El Custodio le ofreció la pluma.

—Nadie puede borrar lo que ya está escrito, Lucas. Los 18 años se han ido. Pero el libro se escribe en tiempo real. Mira.

Lucas bajó la vista. Debajo de su nombre, la tinta negra empezaba a brotar sola, formando una nueva letra. Estaba a punto de escribir otro segundo perdido. Estaba allí, en la sala mágica, pero su mente estaba atrapada en el miedo y en el arrepentimiento de los 18 años. Incluso ahora, frente a un milagro, no estaba *presente*.

—Lo estás haciendo de nuevo —susurró el Custodio—. Estás perdiendo este momento por lamentar los anteriores.

Fue como una bofetada. Lucas cerró los ojos y respiró hondo. Olio el polvo, la humedad, la tinta. Escuchó el zumbido de la luz azul. Sintió el frío del suelo en sus suelas.

La tinta en el libro se detuvo. La gota negra tembló, pero no cayó.

La Salida

Lucas abrió los ojos. No tomó el frasco. No tomó la pluma.

—No quiero el pasado —dijo con firmeza—. Ya no existe. Y no quiero sacrificar mi futuro.

El Custodio asintió lentamente, y por primera vez, su expresión severa se suavizó.

—Entonces, ¿qué harás?

—Voy a subir esas escaleras —dijo Lucas—. Voy a terminar mi turno. Y cuando salga a la calle, voy a sentir la lluvia. No voy a pensar en que me estoy mojando, ni en que mañana tendrá frío. Solo voy a sentir el agua.

El anciano cerró el libro de golpe. El sonido retumbó en la sala como un trueno.

—Una elección sabia. Pocos la toman. La mayoría prefiere vivir en la nostalgia de lo que perdieron.

La luz azul comenzó a parpadear. La sala empezó a desvanecerse, como un sueño al despertar.

—Vete, Lucas —ordenó el Custodio, cuya voz ahora sonaba lejana—. Y procura que tu nombre no vuelva a aparecer en mis páginas con tanta frecuencia.

Lucas corrió hacia la escalera de caracol. Subió los peldaños de dos en dos mientras la realidad parecía temblar a su alrededor. Al llegar arriba, la estantería se cerró tras él con el mismo *clic* suave.

Estaba de nuevo en el sótano, con su carrito de libros viejos. Todo estaba en silencio. Miró su reloj. Habían pasado solo cinco minutos desde que bajó, pero se sentía diferente. Más pesado, pero también más anclado a la tierra.

Empujó el carrito hacia el ascensor. Cuando salió de la biblioteca, tal como había prometido, estaba lloviendo a cántaros. La gente corría hacia sus coches, cubriéndose con periódicos, maldiciendo el clima, revisando sus teléfonos con ansiedad.

Lucas se detuvo en medio de la acera. Guardó su teléfono en el bolsillo más profundo de su abrigo. Levantó la cara hacia el cielo gris y cerró los ojos. El agua estaba helada, se le colaba por el cuello de la camisa, empapaba sus zapatos. Era incómodo. Era frío.

Era real.

Sonrió, y por primera vez en 18 años, el segundero de su vida avanzó al mismo ritmo que los latidos de su corazón. No había ningún libro escribiéndose en ese momento. Solo estaba él, y la lluvia.

Fin.